

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año XLIX, número 42 (2.537)

Ciudad del Vaticano

20 de octubre de 2017

Visita a la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura

El hambre no es una enfermedad incurable



Un sínodo para la Amazonia

Se celebrará en Roma en octubre de 2019



«Una Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la región Panamazónica, que tendrá lugar en Roma en el mes de octubre de 2019», fue anunciada por el Papa en el *Angelus* del 15 de octubre, recitado en el atrio de la basílica vaticana al final de la misa de las canonizaciones.

Queridos hermanos y hermanas:

Al finalizar esta celebración, os saludo cordialmente a todos vosotros, que desde varios países habéis venido para rendir homenaje a los nuevos santos. Un pensamiento especial va de forma particular a las delegaciones oficiales de Brasil, Francia, Italia, México, Orden de Malta y España. El ejemplo y la intercesión de estos testigos luminosos del Evangelio nos acompañen en nuestro camino y nos ayuden a promover siempre relaciones fraternas y solidarias, por el bien de la Iglesia y de la sociedad.

Acogiendo el deseo de algunas Conferencias Episcopales de América Latina, así como la voz de diferentes pastores y fieles de otras partes del mundo,

he decidido convocar una Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la región Panamazónica, que tendrá lugar en Roma en el mes de octubre de 2019. El objetivo principal de esta convocatoria es identificar nuevos caminos para la evangelización de esa porción del Pueblo de Dios, especialmente de los indígenas, a menudo olvidados y sin la perspectiva de un futuro sereno, también a causa de la crisis de la selva amazónica, pulmón de vital importancia para nuestro planeta. Que nuestros santos intercedan por este evento eclesial, para que, en el respeto de la belleza de la creación, todos los pueblos de la tierra alaben a Dios, Señor del universo, e iluminados por Él recorran caminos de justicia y de paz.

Recuerdo también que pasado mañana se celebrará la Jornada del rechazo a la miseria. La miseria no es una fatalidad: tiene causas que deben ser reconocidas y eliminadas, para honrar la dignidad de muchos hermanos y hermanas, tras el ejemplo de los santos.

Y ahora nos dirigimos en oración a la Virgen María. *Angelus Domini...*

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicumque suum Non praevaldunt

Ciudad del Vaticano
 ed.espanola@ossrom.va
 www.osservatoreromano.va

GIOVANNI MARIA VIAN
 director

Giuseppe Fiorentino
 subdirector
 Silvana Pérez
 jefe de la edición

Redacción
 via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano
 teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
 L'OSSERVATORE ROMANO
 don Sergio Pellini S.D.B.
 director general

Servicio fotográfico
 photo@ossrom.va
 Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
 System Comunicazione Pubblicitaria
 Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
 segreteria@direzione.system@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58.00; Europa (España + IVA): € 100.00 - \$ 148.00; América Latina, África, Asia: € 110.00 - \$ 160.00; América del Norte, Oceanía: € 162.00 - \$ 240.00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F.; teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 2618 75 32; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.
 En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 337 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Misa del Pontífice en Santa María Mayor

Aprendamos a llamar al corazón de Dios

Para rezar es necesario «el valor de la fe: tener confianza en que el Señor nos escucha». Lo recordó el Papa en la homilía de la misa celebrada el jueves por la mañana, 12 de octubre, en Santa María Mayor, con ocasión del centenario de la Congregación para las Iglesias Orientales y del Pontificio Instituto Oriental.

Hoy damos gracias al Señor por la fundación de la Congregación para las Iglesias Orientales y del Pontificio Instituto Oriental, por el Papa Benedicto XV, que tuvo lugar hace cien años, en 1917. Hacía estragos entonces la Primera Guerra Mundial; hoy —como he dicho ya— vivimos otra guerra mundial, aunque a trozos. Y vemos que muchos de nuestros hermanos y hermanas cristianos de las Iglesias orientales experimentan una dramática persecución y una diáspora cada vez más inquietante. Esto causa tantas preguntas, tantos «por qué», que se parecen a las de la primera Lectura de hoy, del Libro de Malaquías (3, 13-20a).

El Señor se queja con su gente y dice así: «Duras me resultan vuestras palabras, dice Yahveh. —Y todavía decís: ¿Qué hemos dicho contra ti?— Habéis dicho: Cosa vana es servir a Dios; ¿qué ganamos con guardar su mandamiento o con andar en duelo ante Yahveh Sebaot? Más bien, llamamos felices a los arrogantes: aun haciendo el mal prosperan, y aun tentando a Dios escapan libres» (v. 13-15). Cuántas veces también nosotros experimentamos lo mismo, y cuántas veces la escuchamos en las confidencias y confesiones de las personas que nos abren sus corazones. Vemos a los malvados, los que buscan sus propios intereses sin escrúpulos, aplastando a los demás, y parece que les vayan bien las cosas: consiguen lo que quieren y solo piensan en disfrutar de la vida. De ahí la pregunta: «¿Por qué Señor?». Estos «¿por qué?», que también se repiten en la Sagrada Escritura, nos los planteamos todos. Y a ellos responde la misma Palabra de Dios. Precisamente en este pasaje del profeta Malaquías se lee: «Y puso atención Yahveh y oyó; y se escribió ante él un libro memorial en favor de los que temen a Yahveh y piensan en su Nombre» (v. 16). Por lo tanto, Dios no se olvida de sus hijos, su memoria es para los justos, para los que sufren, para los que son oprimidos y que se preguntan «¿por qué?», pero no dejan de confiar en el Señor. ¡Cuántas veces la Virgen María, en su camino se preguntó: «¿por qué?»; pero en su corazón, que meditaba sobre todas las cosas, la gracia de Dios hacía resplandecer la fe y la esperanza. Y hay una manera de abrir una brecha en la memoria de Dios: nuestra oración, como nos enseña el pasaje evangélico que hemos escuchado (*Lucas 11, 5-13*). Cuando se reza hay que tener el valor de la fe: tener confianza en que el Señor nos escucha, el valor de llamar a la puerta. El Señor dice: «Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá». (v. 10). Y para esto hace falta valor. Pero, me pregunto: ¿Nuestra oración es así realmente? ¿Nos involucra de verdad, involucra a nuestro corazón y nuestras vidas? ¿Sabemos llamar al corazón de Dios? Al final del pasaje del evangelio (v. 11-13), Jesús dice: ¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra; o si pide un huevo, le da un escorpión? Si sois padres, haréis el bien de vuestros hijos. Y luego continúa: Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo!... Y esperamos que siga diciendo: os dará cosas buenas a vosotros. En cambio, no, no dice eso. Dice: Dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan. Precisamente este es el don, este es el «algo más» de Dios. Lo que el Señor, lo que el Padre nos da de más, es el Espíritu: este el verdadero don del Padre. El hombre llama con la oración a la puerta de Dios para pedir una gracia. Y él, que es Padre, me da eso y más: el don, el Espíritu Santo. Hermanos y hermanas: ¡Aprendamos a llamar al corazón de Dios! Y aprendamos a hacerlo con valor.

Que esta oración valiente inspire y alimente también vuestro servicio en la Iglesia. Así vuestro esfuerzo dará «a su tiempo el fruto» y seréis como árboles cuyo «follaje no se amustia» (*Salmo 1, 3*).





Cristianos víctimas de guerras y persecuciones

Mensaje por el centenario del Pontificio Instituto Oriental

Frente a la situación de los cristianos orientales que sufren las consecuencias de guerras, terrorismo y persecuciones, el Pontificio Instituto Oriental está llamado a ponerse «en escucha orante» para «buscar nuevos caminos por recorrer». Lo escribe el Papa Francisco en el mensaje enviado al cardenal Leonardo Sandri con ocasión del centenario del Instituto fundado por Benedicto XV en 1917.

Al Venerable Hermano Cardenal
Leonardo Sandri
Gran Canciller
del Pontificio Instituto Oriental

Con motivo de los 100 años de la fundación del Pontificio Instituto Oriental, unos meses después de la institución, también centenario, de la Congregación para las Iglesias Orientales (cf. Benedicto XV, Motu proprio *Dei Providentis*, 1 de mayo, 1917), me complace dirigirle un cordial saludo, venerado hermano, y a toda la comunidad académica.

Anticipando casi medio siglo el decreto conciliar *Orientalium Ecclesiarum*, mi venerado predecesor deseaba llamar la atención sobre la extraordinaria riqueza de las Iglesias Orientales fundando, precisamente aquí en Roma, el 15 octubre de 1917, el Pontificio Instituto Oriental. Incluso en medio del tormentoso primer conflicto mundial, el Pontífice supo reservar una especial aten-

ción a las Iglesias Orientales. Para dicha fundación, Benedicto XV hizo referencia a la apertura hacia Oriente comenzada en el Congreso Eucarístico de Jerusalén en 1893, con el deseo de crear un centro de estudios, que debía ser —como se indica en el documento de fundación— «una sede adecuada de estudios superiores sobre las cuestiones orientales», destinada también a formar «sacerdotes latinos que desean ejercer el ministerio sagrado con los orientales». Desde el principio se quiso que «este centro de estudios [estuviera] también abierto a los orientales, tanto unidos, como a los llamados ortodoxos», de tal manera que «[procediera] simultáneamente y en la misma medida, a la exposición de la doctrina católica y de la ortodoxa» (Benedicto XV, Motu proprio *Orientalium* 15 de octubre de 1917: AAS 9 [1917], 532). Con esta última aclaración, el fundador colocaba la nueva institución en un horizonte que hoy podemos decir eminentemente ecuménico. Para resolver los problemas iniciales del Instituto, Pío XI, recogiendo la sugerencia del primer director, el beato Ildefonso Schuster, en 1922 decidió encargarlo a la Compañía de Jesús (*Decessor- Noster*, 14 de septiembre 1922: AAS 14 [1922], 545 - 546), y asignó posteriormente al Instituto, en la basílica de Santa María Mayor una sede propia, inaugurada el 14 de noviembre de 1926. En 1928, con la Encíclica *Rerum Orientalium* sobre la promoción de los estudios orientales, el Papa invitaba calurosamente a los obispos a mandar estudiantes al Instituto Oriental, para asegurar en cada seminario la presencia de un maestro capaz de transmitir al menos algunos elementos de estudios orientales (cf. AAS 20 [1928], 283 - 284). Esta encíclica fue seguida, después de menos de un mes, del Motu proprio *Quod Maxime*, con el que se asociaban a la Universidad Gregoriana los Institutos Bíblico y Oriental (cf. AAS 20 [1928], 310). Al año siguiente, Pío XI procedió a la fundación, junto al Instituto Oriental, del Colegio *Russicum*, cuya dirección también

fue confiada a la Compañía de Jesús (cf. Const Ap *Quam curam* 15 de agosto de 1929: AAS 21 [1929], 577 - 581). Desde entonces, la mayor novedad fue, en 1971, la fundación de la Facultad de Derecho Canónico Oriental, hasta el día de hoy la única existente (cf. Cong. para Educ. Cat., Decreto *Canonica Orientalium*, 7 de julio, 1971: AAS 63 [1971], 791-792), junto a la que se identificaba con

*En medio del tormentoso primer
conflicto mundial
Benedicto XVI supo reservar
una especial atención
a las Iglesias Orientales*

el Instituto y que, a partir de ese momento, comenzó a llamarse Facultad de Ciencias Eclesiásticas Orientales, articulada en tres secciones: teológica-patristica, litúrgica e histórica. Otra importante novedad fue el traslado —en 1993— del título de Gran Canciller del Instituto Oriental del Prefecto de la Congregación para la Educación Católica al prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales. De esa forma, sin perjuicio de la competencia propiamente académica sobre el Instituto ejercida por la Congregación para la Educación Católica, las dos instituciones «orientales», nacidas, además, en el mismo año, estaban llamadas a «promover una colaboración y una unidad de propósitos más estrechas» al servicio del Oriente cristiano (*Rescripto de la Secretaría de Estado*, 31 de mayo de 1993).

La mirada a la historia nos lleva a interrogarnos sobre la *missio* que este Instituto tendrá que cumplir en el futuro.

Si en sus inicios se advirtió una cierta en-

Acoger significa redimensionar el propio yo

El Papa recuerda que quien ama no se queda en el sillón mirando

San Vicente generó un impulso de caridad que dura siglos, un impulso que brotó de su corazón y me gustaría animaros a continuar este camino proponiendo tres verbos adorar, acoger, ir



«Adorar, acoger, ir»: son los «tres simples verbos» que para el Papa Francisco sintetizan el «ADN» del carisma vicenciano. En el encuentro del sábado 14 de octubre en la plaza San Pedro con los participantes de las celebraciones por el cuarto centenario de las obras inspiradas por san Vicente de Paúl, el Pontífice subrayó que «acoger significa redimensionar el propio yo», por lo que «quien ama, no se queda en el sillón mirando».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Gracias por vuestra calurosa acogida y gracias al Superior General por haber presentado nuestra reunión.

Os saludo y junto a vosotros doy las gracias al Señor por los cuatrocientos años de vuestro carisma. San Vicente generó un impulso de caridad que dura siglos: un impulso que brotó de su corazón. Por eso hoy tenemos aquí la reliquia: el corazón de San Vicente. Hoy me gustaría animaros a continuar este camino, proponiendo tres verbos simples que creo muy importantes para el espíritu vicenciano, pero también para la vida cristiana en general: adorar, acoger, ir.

Adorar. Son innumerables las invitaciones de san Vicente a cultivar la vida interior y a dedicarse a la oración que purifica y abre el corazón. La oración es esencial para él. Es la brújula de cada día, es como un manual de la vida, es —escribía— «el gran libro del predicador»: Solamente rezando se consigue de Dios el amor que hay que derramar sobre el mundo; solamente rezando se tocan los corazones de la gente cuando se anuncia el Evangelio. (cf. *Carta a A. Durand*, 1658). Pero para san Vicente la oración no es solo un deber, y mucho menos, un conjunto de fórmulas. La oración es detenerse ante Dios para estar con Él, para dedicarse simplemente a Él. Esta es la oración más pura, la que da espacio al Señor y a su alabanza, y nada más: la adoración.

Una vez descubierta, la adoración se vuelve indispensable, porque es pura intimidad con el Señor, que da paz y alegría, y disuelve las penas de la vida. Por eso, a alguien que estuviera sometido a una presión particular, san Vicente le aconsejaba que estuviera en oración «sin

tensión, arrojándose en Dios con miradas simples, sin tratar de tener su presencia con un esfuerzo considerable, sino abandonándose a Él» (*Carta a G. Pesnelle*, 1659).

Esto es la adoración: ponerse ante el Señor, con respeto, con calma y en silencio, dándole a Él el primer lugar, abandonándose confiados. Para pedirle después que su Espíritu venga a nosotros y dejar que nuestras cosas vayan a Él. Así, también las personas necesitadas, los problemas urgentes, las situaciones difíciles y pesadas entran en la adoración, tanto es así que san Vicente pedía «adorar a Dios» incluso en las razones que son difíciles de comprender y aceptar (cf. *Carta a F. Get*, 1659). El que adora, el que va a la fuente viva del amor solo puede permanecer, por así decirlo «contaminado». Y empieza a comportarse con los demás como el Señor hace con él: se vuelve más misericordioso, más comprensivo, más disponible, supera su rigidez y se abre a los demás.

Llegamos así al segundo verbo: acoger. Cuando escuchamos esta palabra, inmediatamente nace pensar en algo que hacer. Pero en realidad acoger es una disposición más profunda: no se trata solamente de hacer sitio a alguien, sino de ser personas acogedoras, disponibles, acostumbradas a darse a los demás. Como Dios por nosotros, así nosotros por los demás. Acoger significa redimensionar el propio yo, enderezar la forma de pensar, entender que la vida no es mi propiedad privada y que el tiempo no me pertenece. Es un desprendimiento lento de todo lo que es mío: mi tiempo, mi descanso, mis derechos, mis programas, mi agenda. El que acoge renuncia al yo y hace entrar en la vida el tú y el nosotros.

El cristiano acogedor es un verdadero hombre y mujer de Iglesia, porque la Iglesia es Madre y una madre acoge la vida y la compañía. Y como un hijo se parece a su madre, en los rasgos, así el cristiano tiene estos rasgos de la Iglesia. Entonces es un hijo verdaderamente fiel de la Iglesia quien es acogedor, quien, sin quejarse, crea concordia y comunión y con generosidad siembra paz, incluso si no es correspondido. ¡Que san Vicente nos ayude a promover este «ADN» eclesial de la acogida, de la disponibilidad, de la comunión, para que de nuestras vidas «toda acritud, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad, desaparezca de entre vosotros» (*Efesios 4, 31*).

El último verbo: ir. El amor es dinámico, sale de sí mismo. El que ama no se queda en un sillón mirando, esperando el advenimiento de un mundo mejor, sino que con entusiasmo y sencillez se levanta y va. San Vicente lo dijo bien: «Nuestra vocación es, por lo tanto, ir no a una parroquia, ni tampoco solamente a una diócesis, sino a toda la tierra. ¿Y para hacer qué? Para inflamar los corazones de los hombres, haciendo lo que hizo el Hijo de Dios, Él, que vino a traer fuego al mundo para inflamarlo con su amor» (*Conferencia del 30 de mayo*, 1659). Esta vocación siempre es válida para todos. Plantea preguntas a cada uno: «¿Salgo yo al encuentro de los otros, como quiere el Señor? ¿Llevo dónde voy este fuego de caridad o me encierro para calentarme frente a mi chimenea?».

Queridos hermanos y hermanas, gracias porque estáis en movimiento por los caminos del mundo, como san Vicente os pediría hoy también. Os deseo que no os detengáis sino que prosigáis sacando cada día de la adoración el amor de Dios y lo difundáis por todo el mundo a través del buen contagio de la caridad, de la disponibilidad, de la concordia. Os bendigo a todos y a los pobres que encontraréis. Y, por favor, os pido la caridad de que no os olvidéis de rezar por mí.



Guerras y cambio climático en el origen del hambre

El Papa en la FAO por el día mundial de la alimentación

«Las guerras y el cambio climático determinan el hambre, evitemos, por lo tanto, presentarla como una enfermedad incurable». Lo subrayó el Papa al abrir el lunes, 16 de octubre, por la mañana, en la sede de la FAO en Roma, el día mundial de la alimentación. A continuación el texto del discurso que el Pontífice pronunció en español.

Señor Director General, Distiguadas autoridades, Señoras y Señores:

Agradezco la invitación y las palabras de bienvenida que me ha dirigido el Director General, profesor José Graziano da Silva, y saludo con afecto a las autoridades que nos acompañan, así como a los Representantes de los Estados Miembros y a cuantos tienen la posibilidad de seguirnos desde las sedes de la FAO en el mundo.

Dirijo un saludo particular a los Ministros de agricultura del G7 aquí presentes, que han finalizado su Cumbre, en la que se han discutido cuestiones que exigen una responsabilidad no sólo en relación al desarrollo y a la producción, sino también con respecto a la Comunidad internacional en su conjunto.

1. La celebración de esta Jornada Mundial de la Alimentación nos reúne en el recuerdo de aquel 16 de octubre del año 1945 cuando los gobiernos, decididos a eliminar el hambre en el mundo mediante el desarrollo del sector agrícola, instituyeron la FAO. Era aquel un período de grave inseguridad alimentaria y de grandes desplazamientos de la población, con millones de personas buscando un lugar para poder sobrevivir a las miserias y adversidades causadas por la guerra.

A la luz de esto, reflexionar sobre los efectos de la seguridad alimentaria en la movilidad humana significa volver al compromiso del que nació la FAO, para renovarlo. La realidad actual reclama una mayor responsabilidad a todos los niveles, no sólo para garantizar la producción necesaria o la equitativa distribución de los frutos de la tierra —esto debería darse por descontado—, sino sobre todo para garantizar el derecho de todo ser humano a alimentarse según sus propias necesidades, tomando parte además en las decisiones que lo afectan y en la realización de las propias aspiraciones, sin tener que separarse de sus seres queridos.

Ante un objetivo de tal envergadura lo que está en juego es la credibilidad de todo el sistema internacional. Sabemos que la cooperación está cada vez más condicionada por compromisos parciales, llegando incluso a limitar las ayudas en las emergencias. También las muertes a causa del hambre o el abandono de la propia tierra son una noticia habitual, con el peligro de provocar indiferencia. Nos urge pues, encontrar nuevos caminos para transformar las posibilidades de que disponemos en una garantía que permita a cada persona encarar el futuro con fundada confianza, y no sólo con alguna ilusión.

El escenario de las relaciones internacionales manifiesta una creciente capacidad de dar respuestas a las expectativas de la familia humana, también con la contribución de la ciencia y de la técnica, las cuales, estudiando los problemas, proponen soluciones adecuadas. Sin embargo, estos nuevos logros no consiguen eliminar la exclusión de gran parte de la población mundial: cuántas son las víctimas de la desnutrición, de las guerras, de los cambios climáticos. Cuántos carecen de

trabajo o de los bienes básicos y se ven obligados a dejar su tierra, exponiéndose a muchas y terribles formas de explotación. Valorizar la tecnología al servicio del desarrollo es ciertamente un camino a recorrer, a condición de que se lleguen a concretar acciones eficaces para disminuir el número de los que pasan hambre o para controlar el fenómeno de las migraciones forzadas.

2. La relación entre el hambre y las migraciones sólo se puede afrontar si vamos a la raíz del problema. A este respecto, los estudios realizados por las Naciones Unidas, como tantos otros llevados a cabo por Organizaciones de la sociedad civil, concuerdan en que son dos los principales obstáculos que hay que superar: los conflictos y los cambios climáticos.

¿Cómo se pueden superar los conflictos? El derecho internacional nos indica los medios para prevenirlos o resolverlos rápidamente, evitando que se prolonguen y produzcan carestías y la destrucción del tejido social. Pensemos en las poblaciones martirizadas por unas guerras que duran ya decenas de años, y que se podían haber evitado o al menos detenido, y sin embargo propagan efectos tan desastrosos y crueles como la inseguridad alimentaria y el desplazamiento forzoso de personas. Se necesita buena voluntad y diálogo para frenar los conflictos y un compromiso total a favor de un desarme gradual y sistemático, previsto por la Carta de las Naciones Unidas, así como para remediar la funesta plaga del tráfico de armas.

¿De qué vale denunciar que a causa de los conflictos millones de personas sean víctimas del hambre y de la desnutrición, si no se actúa eficazmente en aras de la paz y el desarme?

En cuanto a los cambios climáticos, vemos sus consecuencias todos los días. Gracias a los conocimientos científicos, sabemos cómo se han de afrontar los problemas y la comunidad internacional ha ido elaborando también los instrumentos jurídicos necesarios, como, por ejemplo, el Acuerdo de París, del que, por desgracia, algunos se están alejando. Sin embargo, reaparece la negligencia hacia los delicados equilibrios de los ecosistemas, la presunción de manipular y controlar los recursos limitados del planeta, la avidez del beneficio. Por tanto, es necesario esforzarse en favor de un consenso concreto y práctico si se quieren evitar los efectos más trágicos, que continuarán cayendo sobre las personas más pobres e indefensas. Estamos llamados a proponer un cambio en los estilos de vida, en el uso de los recursos, en los criterios de producción, hasta en el consumo, que en lo que respecta a los alimentos, presenta un aumento de las pérdidas y el desperdicio. No podemos conformarnos con decir «otro lo hará».

Pienso que estos son los presupuestos de cualquier discurso serio sobre la seguridad alimentaria relacionada con el fenómeno de las migraciones. Está claro que las guerras y los cambios climáticos ocasionan el hambre, evitemos pues el presentarla como una enfermedad incurable. Las recientes previsiones formuladas por vuestros expertos contemplan un aumento de la producción global de cereales, hasta niveles que permiten dar mayor consistencia a las reservas mundiales. Este dato nos da esperanza y nos enseña que, si se trabaja prestando atención a las necesidades y al margen de las especulaciones, los resultados llegan. En efecto, los recursos alimentarios están frecuentemente expuestos a la especulación, que los mide

solamente en función del beneficio económico de los grandes productores o en relación a las estimaciones de consumo, y no a las reales exigencias de las personas. De esta manera, se favorecen los conflictos y el despilfarrío, y aumenta el número de los últimos de la tierra que buscan un futuro lejos de sus territorios de origen.

3. Ante esta situación podemos y debemos cambiar el rumbo (cf. Enc. *Laudato si'*, 53; 61; 163; 202). Frente al aumento de la demanda de alimentos es preciso que los frutos de la tierra estén a disposición de todos. Para algunos, bastaría con disminuir el número de las bocas que alimentar y de esta manera se resolvería el problema; pero esta es una falsa solución si se tiene en cuenta el nivel de desperdicio de comida y los modelos de consumo que malgastan tantos recursos. Reducir es fácil, compartir, en cambio, implica una conversión, y esto es exigente.

Por eso, me hago a mí mismo, y también a vosotros, una pregunta: ¿Sería exagerado introducir en el lenguaje de la cooperación internacional la categoría del amor, conjugada como gratitud, igualdad de trato, solidaridad, cultura del don, fraternidad, misericordia? Estas palabras expresan, efectivamente, el contenido práctico del término «humanitarios», tan usado en la actividad internacional. Amar a los hermanos, tomando la iniciativa, sin esperar a ser correspondidos, es el principio evangélico que encuentra también expresión en muchas culturas y religiones, convirtiéndose en principio de humanidad en el lenguaje de las relaciones internacionales. Es menester que la diplomacia y las instituciones multilaterales alimenten y organicen esta capacidad de amar, porque es la vía maestra que garantiza, no sólo la seguridad alimentaria, sino la seguridad humana en su aspecto global. No podemos actuar sólo si los demás lo hacen, ni limitamos a tener piedad, porque la piedad se limita a las ayudas de emergencia, mientras que el amor inspira la justicia y es esencial para llevar a cabo un orden social justo entre realidades distintas que aspiran al encuentro recíproco. Amar significa contribuir a que cada país aumente la producción y llegue a una autosuficiencia alimentaria. Amar se traduce en pensar en nuevos modelos de desarrollo y de consumo, y en adoptar políticas que no empeoren la situación de las poblaciones menos avanzadas o su dependencia externa. Amar significa no seguir dividiendo a la familia humana entre los que gozan de lo superfluo y los que carecen de lo necesario.

El compromiso de la diplomacia nos ha demostrado, también en recientes acontecimientos, que es posible detener el recurso a las armas de destrucción masiva. Todos somos conscientes de la capacidad de destrucción de tales instrumentos. Pero, ¿somos igualmente conscientes de los efectos de la pobreza y de la exclusión? ¿Cómo detener a personas dispuestas a arriesgarlo todo, a generaciones enteras que pueden desaparecer porque carecen del pan cotidiano, o son víctimas de la violencia o de los cambios climáticos? Se desalienta hacia donde ven una luz o perciben una esperanza de vida. No podrán ser detenidas por barreras físicas, económicas, legislativas, ideológicas. Sólo una aplicación coherente del principio de humanidad lo puede conseguir. En cambio, vemos que se disminuye la ayuda pública al desarrollo y se limita la actividad de las Instituciones multilaterales, mientras se recurre a acuerdos bilaterales que subordinan la cooperación al cumplimiento de agendas y alianzas particulares o, sencillamente, a una momentánea tranquilidad. Por el contrario, la gestión de la movilidad humana requiere una acción intergubernamental coordinada y sistemática de acuerdo con las normas internacionales existentes, e impregnada de amor e inteligencia. Su objetivo es un encuentro de pueblos que enriquezca a todos y genere unión y diálogo, no exclusión ni vulnerabilidad.

Aquí permitidme que me una al debate sobre la vulnerabilidad, que causa división a nivel internacional cuando se habla de inmigrantes. Vulnerable es el que está en situación de inferioridad y no puede defenderse, no tiene medios, es decir sufre una exclusión. Y lo está obligado por la violencia, por las situaciones naturales o, aún peor, por la indiferencia, la intolerancia e incluso por el odio. Ante esta situación, es justo identificar las causas para actuar con la competencia necesaria. Pero no es aceptable que, para evitar el compromiso, se tienda a atrincherarse detrás de sofismas lingüísticos que no hacen honor a la diplomacia, reduciéndola del «arte de lo posible» a un ejercicio estéril para justificar los egoísmos y la inactividad.

Lo deseable es que todo esto se tenga en cuenta a la hora de elaborar el Pacto mundial para una migración segura, regular y ordenada, que se está realizando actualmente en el seno de las Naciones Unidas.

4. Prestemos oído al grito de tantos hermanos nuestros marginados y excluidos: «Tengo hambre, soy extranjero, estoy desnudo, enfermo, recluso en un campo de refugiados». Es una petición de justicia, no una súplica o una llamada de emergencia. Es necesario que a todos los niveles se dialogue de manera amplia y sincera, para que se encuentren las mejores soluciones y se madure una nueva relación entre los diversos actores del escenario internacional, caracterizada por la responsabilidad recíproca, la solidaridad y la comunión.

El yugo de la miseria generado por los desplazamientos muchas veces trágicos de los emigrantes puede ser eliminado mediante una prevención consistente en proyectos de desarrollo que creen trabajo y capacidad de respuesta a las crisis medioambientales. Es verdad, la prevención cuesta mucho menos que los efectos provocados por la degradación de las tierras o la contaminación de las aguas, flagelos que azotan las zonas neárcticas del planeta, en donde la pobreza es la única ley, las enfermedades aumentan y la esperanza de vida disminuye.

Son muchas y dignas de alabanza las iniciativas que se están poniendo en marcha. Sin embargo, no bastan, urge la necesidad de seguir impulsando nuevas acciones y financiando programas que combatan el hambre y la miseria estructural con más eficacia y esperanzas de éxito. Pero si el objetivo es el de favorecer una agricultura diversificada y productiva, que tenga en cuenta las exigencias efectivas de un país, entonces no es lícito sustraer las tierras cultivables a la población, dejando que el land grabbing (acaparamiento de tierras) siga realizando sus intereses, a veces con la complicidad de quien debería defender los intereses del pueblo. Es necesario evitar la tentación de actuar en favor de grupos reducidos de la población, como también de utilizar las ayudas externas de modo inadecuado, favoreciendo la corrupción, o la ausencia de legalidad.

La Iglesia Católica, con sus instituciones, teniendo directo y concreto conocimiento de las situaciones que se deben afrontar o de las necesidades a satisfacer, quiere participar directamente en este esfuerzo en virtud de su misión, que la lleva a amar a todos y le obliga también a recordar, a cuantos tienen responsabilidad nacional o internacional, el gran deber de afrontar las necesidades de los más pobres.

Desco que cada uno descubra, en el silencio de la propia fe o de las propias convicciones, las motivaciones, los principios y las aportaciones para infundir en la FAO, y en las demás Instituciones intergubernamentales, el valor de mejorar y trabajar inafatigablemente por el bien de la familia humana.

Muchas gracias.

INFORMACIÓN VATICANA



Nombramientos

EL PAPA HA NOMBRADO:

Obispo auxiliar de Miami (Estados Unidos) al reverendo ENRIQUE DELGADO, del clero de la misma archidiócesis, hasta ahora párroco de la «Saint Katherine Drexel Parish» en Weston, asignándole la sede titular de Acque Nuove de Proconsolare.

Arzobispo de la archidiócesis de Port-au-Prince, en Haití a monseñor MAX LEROY MÉSITOR, hasta ahora arzobispo de Cap-Haïtien.

Obispo de la diócesis de Campina (Brasil) a DULCÊNIO FONTES DE MATOS, transfiriéndolo a la diócesis de Palmeira dos Índios.

Al cardenal KEVIN JOSEPH FARRELL, Prefecto del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida, su enviado especial a la inauguración de la cúpula dedicada a la Santísima Trinidad, en la basílica de la Inmaculada concepción en Washington, santuario nacional de los Estados Unidos de América, en programa para el 8 de diciembre de 2017.

Obispo auxiliar de Orange, en California (Estados Unidos) al reverendo THANH THAI NGUYEN, del clero de la diócesis de Saint Augustine, hasta ahora párroco de la *Saint Joseph Parish* en Jacksonville, asignándole la sede titular de Acalisio.

Obispo de la diócesis de Ciudad Guzmán (México) a monseñor ARMANDO CAMPOS CONTRERAS, transfiriéndolo a la diócesis de Tehuantepec.

Obispo de la archidiócesis de Mallorca (España) a monseñor SEBASTIÀ TALTAVULL ANGLADA, hasta ahora obispo titular de Gabi y auxiliar de Barcelona y administrador apostólico *sede vacante* de Mallorca.

Obispo de la diócesis de Torreón (México) a reverendo LUIS MARTÍN BARRAZA BELTRÁN, hasta ahora rector del seminario mayor de la archidiócesis de Chihuahua.

Arzobispo metropolitano de Tucumán (Argentina) al reverendo CARLOS ALBERTO SÁNCHEZ, párroco de *Nuestra Señora de la Merced* en San Miguel de Tucumán.

En el proceso vaticano

Una condena y una absolución

El proceso por el desvío de fondos de la fundación *Bambino Gesù* se cerró el 14 de octubre con una condena y una absolución.

Después de aproximadamente dos horas de cámara de consejo, el Tribunal de Estado de la Ciudad del Vaticano condenó al expresidente de la fundación, Giuseppe Profiti, a un año de reclusión —otorgando la suspensión de la pena durante cinco años— y a la inhabilitación de cargos públicos en el mismo periodo de tiempo, a una multa de 5.000 euros y al pago de las costas procesales. La corte dictó de menor gravedad la acusación a su cargo de peculado por abuso de poder.

El otro imputado, el extesorero de la fundación, Massimo Spina, fue absuelto «por no haber cometido el hecho».

Ocho siglos de presencia franciscana en Tierra Santa

La aventura de los frailes del cordón

Con ocasión de las celebraciones por los ochocientos años de presencia franciscana en Tierra Santa, el Pontífice envió al custodio, el padre Francesco Patton, la siguiente carta.



Para el Reverendísimo Padre
Francisco Patton, O.F.M.
Custodio de Tierra Santa

He sabido con alegría que esta Custodia, por motivo de los 800 años de la presencia franciscana en Tierra Santa, ha querido celebrar ese aniversario importante y feliz con numerosas iniciativas religiosas, pastorales y culturales, todas ellas orientadas al redescubrimiento de la encomiable contribución de los «hermanos de la cuerda» —como se les llamaba— en los lugares donde el Hijo de Dios se hizo carne, y habitó entre nosotros (cf. *Juan* 1, 14). En esta ocasión, me complace dirigirle un saludo especial al igual que a todos los hermanos, que así mantienen vivo el testimonio cristiano, estudian las Escrituras y acogen a los peregrinos.

El seráfico padre Francisco, en el capítulo de Pentecostés en mayo de 1217, abrió la Orden a la

dimensión «misionera y universal», enviando a sus hermanos a todas las naciones como testigos de fe, de fraternidad y de paz; y así se creó la Provincia de Tierra Santa, en un principio llamada de Ultramar o de Siria. Este ampliarse del horizonte de la evangelización fue el comienzo de una aventura extraordinaria, que llevó hace ocho siglos a los primeros frailes menores a desembarcar en Acre, donde el pasado 11 de junio, empezasteis las celebraciones del centenario, renovando vuestra adhesión a la llamada de Jesús, en fidelidad al Evangelio y a la Iglesia.

Asiduos en la contemplación y la oración, sencillos y pobres, obedientes al Obispo de Roma, también estáis comprometidos en el presente a vivir en Tierra Santa junto a los hermanos de diferentes culturas, etnias y religiones, sembrando la paz, la hermandad y el respeto.

Es bien sabida vuestra disponibilidad para acompañar los pasos de los peregrinos procedentes de todo el mundo a través de la acogida y la guía. Os habéis dedicado a la búsqueda de los testimonios arqueológicos y al estudio atento de las Sagradas Escrituras, atesorando la famosa frase de san Jerónimo, que durante muchos años vivió retirado en Belén: «La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo» (*Comm. in Is., Prol.*: PL 24,17).

No quiero olvidar, además de la custodia y de la animación de los santuarios, vuestro compromiso al servicio de la comunidad eclesial local. Os animo a perseverar alegres en el apoyo a nuestros hermanos, especialmente los más pobres y los más débiles; en la educación de la juventud —que a menudo corre el riesgo de perder la esperanza en un contexto todavía sin paz—; en la acogida de los ancianos y el cuidado de los enfermos, vivien-

do concretamente en la cotidianidad las obras de misericordia.

Uniéndome a mis venerados predecesores, comenzando con Clemente VI que, con la bula *Gratias agimus* os confió la custodia de los Santos Lugares, quiero renovar ese mandato, alentándoos a ser testigos alegres del Resucitado en Tierra Santa.

Sois embajadores de todo el Pueblo de Dios que con generosidad siempre os ha sostenido, en particular, a través de la «Colecta para Tierra Santa», que contribuye a garantizar que en la Tierra de Jesús la fe se haga visible mediante las obras. De manera especial os sostiene, en nombre del Sucesor de Pedro, la Congregación para las Iglesias Orientales, que en estos días celebra su centenario.

Por último, deseo recordaos las palabras de vuestro fundador, «Aconsejo de veras, amonesto y exhorto a mis hermanos en el Señor Jesucristo que, cuando van por el mundo, no litiguen ni contienda con palabras (cf. 2 *Timoteo* 2,14), ni juzguen a los otros; sino sean apacibles, pacíficos y moderados, mansos y humildes, hablando a todos honestamente, como conviene» (Regla bulada, 3, 10-11; FF 85).

Confío la Custodia de Tierra Santa, cada una de sus comunidades y todos los frailes a la protección maternal de la Virgen María y, mientras invoco la intercesión de vuestro santo patrón Antonio de Padua, os imparto de corazón la bendición apostólica.

Desde el Vaticano, 17 de octubre, 2017

Franciscanus

Cristianos víctimas de guerras y persecuciones

VIENE DE LA PÁGINA 4

conflictividad entre el estudio y la pastoral, hoy debemos reconocer que esta antinomia no existe. No se trata de decir «aut...aut», sino «et...et». Por consiguiente, invito a los docentes a dar el primer puesto en sus tareas a la investigación científica, siguiendo el ejemplo de sus predecesores que destacaron con contribuciones prestigiosas, monografías eruditas, detalladas ediciones de las fuentes litúrgicas, espirituales, arqueológicas y canónicas, incluso de audaces obras colectivas, tales como la publicación de las Actas del *Concilium Florentinum* y la edición crítica de las *Anaphorae Syriacae*. Todos están al corriente, además, de la contribución que los profesores del Instituto han dado, en primer lugar a la redacción de los documentos conciliares *Orientalium Ecclesiarum y Unitatis redintegratio* (1964), y posteriormente a la preparación del *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium* (1990).

abiertos a todas las Iglesias Orientales, consideradas no solo en su configuración antigua, sino también en su difusión actual y en su a veces atormentada dispersión geográfica. En relación, además, con las venerandas Iglesias Orientales, con las que todavía estamos en camino hacia la plena comunión, y que prosiguen de forma autónoma su camino, el Pontificio Instituto Oriental tiene una misión ecuménica que llevar a cabo, a través del cuidado de las relaciones fraternas, el estudio en profundidad de las cuestiones que todavía parece que nos dividen y la cooperación activa en temas de importancia primaria, a la espera, de que cuando el Señor desee, y de la forma que solo Él conoce, «todos sean uno» (*Juan 17, 21*). En este sentido, la creciente presencia de estudiantes pertenecientes a las Iglesias orientales no católicas confirma la confianza que estas depositan en el Instituto Oriental. Por otra parte, tarea del Instituto es también dar a conocer los tesoros de las ricas tra-

que estén, un profundo amor por sus tradiciones y su rito de pertenencia; y, al mismo tiempo, de sensibilizar a los obispos de las diócesis latinas a hacerse cargo de los fieles orientales dislocados geográficamente y privados de su jerarquía propia, asegurando a los individuos y a las familias una asistencia espiritual y humana adecuada. Dirijo a la Compañía de Jesús una cordial invitación a poner en práctica, con la atención hoy requerida, lo que prescribía ya en 1928 Pío XI sobre el Consorcio Gregoriano, destinado a favorecer, junto con un considerable ahorro de hombres y medios, una mayor unidad de propósitos. Junto con la *missio* llevada a cabo por la Universidad Gregoriana y el Instituto Bíblico respectivamente, está la no menos importante del Instituto Oriental. Por lo tanto, es urgente asegurar a esta institución un núcleo estable de formadores jesuitas, al que otros puedan loablemente asociarse. Inspirándose en la pedagogía ignaciana y haciendo uso de un fecundo



Por otra parte, los tiempos en que vivimos y los desafíos de la guerra y el odio a las raíces mismas de la convivencia pacífica en las torturadas tierras de Oriente, ven al Instituto, una vez más, al igual que hace cien años, en medio de una encrucijada providencial. Manteniendo intacta la atención y la aplicación a la investigación tradicional, invito a todos a ofrecer a esas Iglesias y a toda la comunidad eclesial la capacidad de escuchar la vida y la reflexión teológica para ayudar a sostener su existencia y su camino. Muchos de los estudiantes y profesores sienten este importante momento histórico. Este Instituto, gracias a la investigación, la enseñanza y el testimonio, tiene la tarea de ayudar a estos hermanos y hermanas nuestros a fortalecer y consolidar su fe ante los enormes retos a los que se enfrentan. Está llamado a ser el lugar propicio para favorecer la formación de hombres y mujeres, seminaristas, sacerdotes y laicos, capaces de dar cuenta de la esperanza que los anima y los sostiene (cf 1 *Pedro* 3, 15) y capaz de colaborar con la misión reconciliadora de Cristo (2 *Corintios* 5, 18). Exhorto a los docentes a permanecer

diciones de las Iglesias orientales en el mundo occidental, para que puedan ser comprendidas y asimiladas.

Teniendo en cuenta que muchos estudiantes de diversos colegios orientales de Roma frecuentan ateneos en los que reciben una formación no siempre plenamente coherente con sus tradiciones, invito a reflexionar sobre lo que podría hacerse para llenar este vacío. Con la caída de los regímenes totalitarios y de las varias dictaduras que, desgraciadamente, en algunos países ha creado condiciones favorables a la propagación del terrorismo internacional, los cristianos de las Iglesias Orientales están experimentando el drama de las persecuciones y una diáspora cada vez más preocupante. En estas situaciones nadie puede cerrar los ojos. Como porción de «Iglesia en salida» (cf *ibíd.*, N. *Evangelii gaudium*, 20-24), el Instituto Oriental está llamado a ponerse en escucha orante para comprender lo que el Señor quiere en este momento preciso y, en línea con el *magis* ignaciano, buscar nuevos caminos por recorrer. Se tratará, por ejemplo, de alentar a los futuros pastores a inculcar en sus creyentes orientales, dondequiera

discernimiento comunitario, los miembros de la comunidad, tanto religiosa como académica, sabrán encontrar las formas más adecuadas para iniciar en la austera disciplina de la investigación y en las necesidades de la pastoral a cuantos las Iglesias quieran confiarles. Mientras me uno a la acción de gracias a Dios por el trabajo realizado en estos 100 años, espero que el Pontificio Instituto Oriental prosiga con renovado impulso su misión, estudiando y difundiendo con amor y honestidad intelectual, con rigor científico y perspectiva pastoral las tradiciones de las Iglesias Orientales en su variedad litúrgica, teológica, artística y canonista, para responder cada vez mejor a las expectativas del mundo actual y para crear un futuro de reconciliación y de paz. Con estos votos, le imparto, venerado Hermano, y a toda la comunidad de este Instituto una especial bendición apostólica.

Desde el Vaticano, 12 de octubre, 2017

Francis

La misa del Papa



Vigilantes
contra la mundanidad

El Papa Francisco advirtió sobre los «demonios educados», que bien camuflados proponen de forma astuta tentaciones y seducciones con las buenas maneras y terminan haciendo «posesiones de salón». A las cuales sugirió responder con «la vigilancia», que significa «oración, examen de conciencia y obras de caridad», para no caer en la «mundanidad» y merecer también el apelativo de «insensato» que san Pablo reserva a los Gálatas. De aquí la invitación —dirigida a los fieles durante la misa celebrada en Santa Marta el viernes 13 de octubre— a volver a mirar a «Cristo crucificado», dejando el papel de «cristianos tibios».

«Muchas veces Jesús en sus predicaciones nos advierte que debemos ser vigilantes, velar, quedar en espera» hizo presente el Papa en la homilía. En una ocasión, añadió, pidió vigilar «porque vosotros no conocéis la hora en la que vendrá el hijo del hombre». De hecho, «la vigilancia debe ser preparada en función de la venida del Señor». En otras ocasiones Jesús hizo esta misma recomendación «subrayando el “prepararse”: es el caso de las diez siervas, las prudentes y las que no eran prudentes, no estaban preparadas». Las primeras «tenían todo preparado, también el aceite de las lámparas»; las segundas «estaban allí a la buena, sin pensar estar preparadas».

«Vigilad», por tanto, es la sugerencia de Jesús que, «otras veces, lo hace aconsejando la oración, la vigilancia para no caer en tentación». Por ejemplo, afirmó el Pontífice, «lo dice a sus discípulos en el huerto de los Olivos: ellos se dormían por el miedo» y él les aconseja: «rezad y vigilad para no caer en tentación».

En resumen «muchas veces el Señor pide estar vigilantes», porque «el cristiano siempre está en vela, vela, está atento; tiene algo del centinela, debe estar atento». Y «hoy el Señor nos sorprende con otra vigilancia que no es fácil de entender pero es muy común», hizo notar el Papa refiriéndose al pasaje evangélico de Lucas (11, 15-26) propuesto por la liturgia.

En la práctica, explicó recorriendo al pasaje del Evangelio, Jesús «expulsa un demonio y después viene esta discusión. Algunos dijeron: “Tiene el permiso de Belzebù”, y toda esa historia; Jesús se defiende y, en la diatriba, lleva a estos al ridículo. Terminado esto, se detiene y nos dice no una parábola: en forma de parábola, pero no una parábola, nos dice una verdad. Cuando el espíritu impuro sale del hombre, camina por lugares desiertos, buscando alivio, y no encontrándolo, dice: “volveré a mi casa de donde he salido”. Al llegar, la encuentra barrida y decorada. El hombre que vive allí es libre. Entonces va, toma otros siete espíritus peores que él, entran y llegan a casa. Y la última condición de ese hombre se convierte en peor que la primera. La condición de ese hombre antes de que el demonio fuera expulsado de su vida era mejor que esta».

¿Qué significan estas palabras de Jesús y cuándo suceden estas cosas? Esta es la cuestión planteada por el Pontífice en el proponer la meditación sobre el pasaje del Evangelio de Lucas. «Es una figura» explicó. El Señor «toma la figura de los demonios en el desierto, dando vueltas, sufriendo. Pensemos cuando Jesús expulsa esos demonios que se llaman “legiones” porque son muchos y ellos piden ir donde los cerdos, porque quieren dar vueltas por el desierto». Y en particular «aquí dice: “vaga por lugares desiertos buscando alivio” y después de un tiempo vuelve». Pero esta es la «sorpresa» de «volver a casa» y encontrarla «barrida, adornada: el alma de ese hombre estaba en paz con Dios y él no entra». Entonces «busca otros siete, peores que él».

«Esa palabra —peor— tiene mucha fuerza, en este pasaje» observó el Pontífice. «Y después entra», dice Lucas. Pero «¿cómo entra? Entra suavemente: llama a la puerta, pide permiso, toca el timbre, vuelve educadamente». Y «esta segunda vez son los diablos educados». Así «el hombre no se da cuenta: entran sin hacer ruido, co-

mienzan a formar parte de la vida, con sus ideas y sus inspiraciones ayudan también a ese hombre a vivir mejor y entrar en la vida del hombre, entran en su corazón y desde dentro comienzan a cambiar a ese hombre, pero tranquilamente, sin hacer ruido».

Toda «esta forma», explicó Francisco, «es diferente del de la posesión diabólica que es fuerte: esta es una posesión diabólica un poco “de salón”, digamos». Y «es el que el diablo hace lentamente en nuestra vida para cambiar los criterios, para llevarnos a la mundanidad: se mimetiza en nuestra forma de actuar y nosotros difícilmente nos damos cuenta». Así «ese hombre, liberado por un demonio, se convierte en un hombre malo, un hombre oprimido por la mundanidad». Precisamente «esto es lo que quiere, el diablo: la mundanidad».

De hecho la mundanidad, reiteró el Papa, «es un paso adelante —me permito la palabra, entre comillas— en las “posesiones” del demonio. Me viene a la mente el adjetivo que Pablo ha dicho a los Gálatas cuando entraron por ese camino: “Insensato, o Gálatas insensatos, ¿quién os ha fascinado? ¿A vosotros, a cuyos ojos fue presentado Jesucristo crucificado?».

Por tanto, afirmó el Pontífice, «es un encantamiento: es la seducción, porque el diablo «es el padre de la seducción. Pensemos en qué hizo con Eva: comenzó hablando, suavemente, suavemente, suavemente», y «salió con su “¿quién os ha encantado?”». Pero «cuando el demonio entra así suavemente, educadamente y toma posesión de nuestras actitudes, nuestros valores van del servicio de

Dios a la mundanidad». Así «somos cristianos tibios, cristianos mundanos y hacemos hacer esta mezcla, esta macedonia entre el espíritu del mundo y el espíritu de Dios». Aun así, advirtió el Papa, «no se puede vivir así: esto aleja del Señor, pero es demasiado sutil».

El punto, prosiguió Francisco, es preguntarse «cómo se hace para no caer en este y para salir de estos». La respuesta es clara: «Antes que nada retomo la palabra “vigilancia”: no asustarse, como Isaías dijo a Acáz, “vigilancia y calma”», como decir: «estate atento». Porque, explicó, «vigilar significa entender qué pasa en mi corazón, significa pararme un poco y examinar mi vida». Al respecto el Papa no dejó de proponer las preguntas para un examen de conciencia personal: «¿Soy cristiana? ¿Educo más o menos bien a mis hijos? ¿Mi vida es cristiana o es mundana? ¿Y cómo puedo entender esto?».

Para responder es necesario recurrir a la «misma receta de Pablo: mirar a Cristo

crucificado». De hecho «la mundanidad se entiende donde está, y se destruye, solamente delante de la cruz del Señor». Precisamente «este es el objetivo del crucificado delante de nosotros: no es un ornamento» sino «es precisamente lo que nos salva de estos encantamientos, de estas seducciones que te llevan a la mundanidad».

Así vuelve la pregunta esencial: «¿Yo miro a Cristo crucificado? ¿Yo, a veces, hago el vía crucis para ver el precio de la salvación, el precio que nos ha salvado no solo de los pecados sino también de la mundanidad?». Y después, prosiguió, «como he dicho», es necesario «el examen de conciencia» para verificar «qué sucede, pero siempre delante del Cristo crucificado la oración». Es más, añadió el Pontífice, «nos hará bien hacerse una fractura, pero no en los huesos: una fractura a las actitudes cómodas: las obras de caridad». En resumen: «yo soy cómodo, pero haré esto que me cueste». Por ejemplo «visitar a un enfermo, dar una ayuda a alguien que lo necesita: una obra de caridad». Y «esto rompe la armonía que trata de hacer este demonio, estos siete demonios con la cabeza, para hacer la mundanidad espiritual».

En conclusión, el Papa invitó a pensar «en estas tres cosas: Cristo crucificado nos salvará de estos demonios educados, de este resbalar lentamente hacia la mundanidad; nos salvará de la estupidéz, de la seducción. El examen de conciencia nos ayudará a ver si hay estas cosas. Y las obras de caridad, esas que cuestan, nos llevarán a ser más atentos, más vigilantes para que no entren estos personajes que son astutos». Finalmente, deseó que «el Señor nos dé esta gracia y nos haga recordar el adjetivo de Pablo: “insensato”».





Tres grupos de fariseos

El «camino de la necesidad lleva a la corrupción»: es la enseñanza que el Papa tomó de las lecturas litúrgicas al celebrar el martes, 17 de octubre la misa matutina en Santa Marta. Francisco comenzó señalando que «en la liturgia de la palabra de hoy dos veces se dice la palabra “insensato”. La dice Jesús a los doctores de la ley, a algunos fariseos (*Lucas 11, 37-41*); y la dice Pablo a los paganos: “jactándose de sabios, se volvieron estúpidos” (*Romanos 1, 16-25*)». A estos Francisco quiso añadir un tercer caso: Pablo se lo dijo también a los Gálatas, al definirlos como «“insensatos” porque se dejaron engañar, encantar por las nuevas ideas». En consecuencia, «esta palabra dicha a los doctores de la ley, dicha a los paganos y dicha a los cristianos que se dejan encantar por las ideologías, es una condena». O mejor, aclaró el Papa, «más que una condena, es una señal porque deja ver el camino de la insensatez: lleva a la corrupción».

Al respecto, el Pontífice individuó «tres grupos de insensatos» que «son corruptos». En primer lugar los doctores

*Los insensatos no saben escuchar
y esta sordera les lleva a la corrupción
No entra en la palabra de Dios
no hay lugar para el amor
y en definitiva no hay lugar para la libertad*

de la ley y los fariseos, a los que «Jesús había dicho: “Parecís sepulcros encalados”: por fuera parecen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos y podredumbre. Corruptos». En segundo lugar, los paganos, los acusados «por Pablo en la lectura de hoy» de haberse «convertido en insensatos», habiendo «cambiado la gloria de Dios incorruptible por una imagen y una figura de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos... Por eso Dios los ha abandonado a la indecencia, según los deseos de su corazón».

En definitiva, también en este caso «existe corrupción», precisamente como aquellos doctores de la ley citados anteriormente que «se vuelven corruptos por resaltar solo la apariencia y no aquello que está dentro. Corruptos de la vanidad, del parecer, de la belleza exterior, de la justicia exterior. Se han vuelto corruptos porque se preocupaban solo de limpiar, de embellecer el exterior de las cosas, no iban dentro: dentro está la corrupción. Como en los sepulcros». Por lo tanto, continuó el Papa con el paralelismo, «estos paganos se volvieron corruptos porque cambiaron la gloria de Dios, que habrían podido conocer por la razón, por los ídolos: la corrupción de la idolatría, de tantas idolatrías». Y, advirtió al respecto Francisco, «no solo las idolatrías de los tiempos antiguos, también la idolatría del hoy: la idolatría, por ejemplo, del consumismo; la idolatría de buscar un dios cómodo».

Al final, el tercer caso, el de los Gálatas, «a los que Pablo dice lo mismo», siendo «sobornados por las ideologías: dejan de ser cristianos para convertirse en ideólogos del cristianismo». En definitiva, es la conclusión del Pontífice, «todas las tres» categorías «terminan en la corrupción, por esta insensatez».

Desde aquí, la invitación a preguntarse: «¿Qué es esta insensatez?». Y la primera respuesta del Papa es que «es un no escuchar; literalmente se puede decir un “necio”, “no sé”, no escuchar. La incapacidad de escuchar esta Palabra: cuando la Palabra no entra, no la dejo entrar porque no la escucho. El insensato no escucha. Él cree que escucha, pero no escucha. Está a lo suyo, siempre. Y por esto la palabra de Dios no puede entrar en el corazón y no hay lugar para el amor». O al límite, y es este un caso bastante común, la palabra «sí entra, entra destilada, transformada por mi concepción de la realidad».

Por lo tanto, continuó con el razonamiento Francisco, «los insensatos no saben escuchar. Y esta sordera les lleva a esa corrupción. No entra en la palabra de Dios, no hay lugar para el amor y en definitiva, no hay lugar para la libertad». Y sobre este aspecto «Pablo es claro: se convierten en esclavos. “Por eso Dios los ha abandonado a la indecencia según los deseos de su corazón hasta deshonrar sus propios cuerpos”. ¿Por qué? Porque cambiaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a criaturas en lugar de al Creador. No son libres y el no escuchar, esta sordera, no deja lugar al amor ni a la libertad: siempre lleva a una



esclavitud». Sería, por lo tanto, oportuno preguntarse, sugirió el Papa: «¿Escucho yo la palabra de Dios? ¿La dejo entrar? Esta palabra, de la que hemos escuchado cantando el Aleluya, la palabra de Dios está viva, es eficaz, discierne los sentimientos y los pensamientos del corazón. Corta, va dentro. ¿Dejo entrar a esta palabra o soy sordo con esta palabra? ¿La transformo en apariencia, la transformo en idolatría, costumbres idólatras o la transformo en ideología? Y no entra». Porque, advirtió el Pontífice, «esta es la insensatez de los cristianos».

En definitiva, Francisco instó a dar otro paso, o «así como los iconos de los santos nos hacen tanto bien», se debería «mirar a los iconos de los insensatos de hoy». Y, aseguró «hay» muchos.

«Hay cristianos insensatos y también pastores insensatos»: aquellos que, recordó el Papa, «san Agustín “apalea” bien, con fuerza. Porque la insensatez de los pastores hace mal al rebaño: tanto la insensatez del pastor corrupto, como la insensatez del pastor satisfecho de sí mismo, pagano, como la insensatez del pastor ideólogo».

He ahí entonces la consigna concluyente del Pontífice: «Miremos el icono de los cristianos insensatos, y junto a esta insensatez miremos al Señor, que siempre está en la puerta: llama a la puerta y espera».

Prácticamente se trata de pensar «en la nostalgia del Señor, cuando recuerda los buenos tiempos: “Me acuerdo de ti y del tiempo de tu juventud, del tiempo del amor, de tu compromiso, cuando me seguías en el desierto, en las tierras sin sembrar”. Aquella nostalgia de Dios, del primer amor que ha tenido con nosotros».

De hecho, «si nosotros caemos en esta insensatez y nos alejamos, él experimenta esta nostalgia. Nostalgia de nosotros». Hasta el punto que «Jesús con esta nostalgia llora, lloró por Jerusalén: era la nostalgia de un pueblo que él había elegido, había amado, pero que se había alejado por insensatez; había preferido las apariencias, los ídolos o las ideologías».

Para quien cree, la muerte es como «una puerta que se abre de par en par»: en ese momento «el mismo Jesús vendrá a cada uno de nosotros y nos tomará de la mano con su ternura». Lo recordó el Papa en la audiencia general del miércoles, 18 de octubre, continuando en la plaza San Pedro el ciclo de catequesis dedicado a la esperanza cristiana.

Queridísimos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy quisiera comparar la esperanza cristiana con la realidad de la muerte, una realidad que nuestra civilización moderna tiende cada vez más a cancelar. Así, cuando la muerte llega, para quien está cerca o para nosotros mismos, nos encontramos no preparados, sin un «alfabeto» apto para esbozar palabras de sentido entorno a su misterio, que aun así permanece. Y también los primeros signos de civilización humana son transitados precisamente a través de este enigma. Podremos decir que el hombre ha nacido con el culto de los muertos.

Otras civilizaciones, antes de la nuestra, han tenido la valentía de mirarla a la cara. Era un suceso contado por los ancianos a las nuevas generaciones, como una realidad ineludible que obligaba al hombre a vivir para algo absoluto. Recita el salmo 90: «Enseñanos a contar nuestros días para que entre la sabiduría en nuestro corazón» (v. 12). ¡Contar los propios días hace que el corazón se convierta en sabio! Palabras que nos llevan a un sano realismo, rompiendo el delirio de omnipotencia. ¿Qué somos nosotros? Somos «casi un nada», dice otro salmo (cf 88, 48); nuestros días pasan rápido: aunque si viviéramos cien años, al final nos parecería todo un suspiro. Muchas veces he escuchado ancianos decir: «La vida me ha pasado como un suspiro...».

Así la muerte desnuda nuestra vida. Nos hace descubrir que nuestros actos de orgullo, de ira y de odio eran vanidad: pura vanidad. Nos damos cuenta con pesar de que no hemos amado suficiente y de que no hemos buscado lo que era esencial. Y, al contrario, vemos lo bueno que realmente hemos sembrado: los afectos por los cuales nos hemos sacrificado, y que ahora nos tienen de la mano.

Jesús ha iluminado el misterio de nuestra muerte. Con su comportamiento, nos autoriza a sentirnos dolidos cuando una persona querida se va. Él se turbó «profundamente» delante de la tumba del amigo Lázaro, y «se echó a llorar» (Juan 11, 35). En esta actitud suya, sentimos a Jesús muy cerca, nuestro hermano. Él lloró por su amigo Lázaro.

Y entonces Jesús reza al Padre, fuente de la vida, y ordena a Lázaro salir del sepulcro. Y así sucede. La esperanza cristiana se basa en esta actitud que Jesús asume contra la muerte humana: está presente en la creación, pero es sin embargo, una cicatriz que desfigura el diseño de amor de Dios, y el Salvador quiere sanarnos.

En otro momento, los Evangelios cuentan de un padre que tiene la hija muy enferma, y se dirige con fe a Jesús para que la salve (cf Marcos 5, 21-24, 35-43). Y no hay una figura más conmovedora que la de un pa-



Quando Jesús nos tome de la mano

El Papa habla del misterio de la muerte en la luz de la esperanza cristiana

dre o una madre con un hijo enfermo. Y en seguida Jesús se encamina con ese hombre, que se llama Jairo. A un cierto punto llega alguien de la casa de Jairo y le dice que la niña está muerta, y ya no es necesario molestar al Maestro. Pero Jesús dice a Jairo: «No temas, solo ten fe» (Marcos 5, 36). Jesús sabe que ese hombre tiene la tentación de reaccionar con rabia y desesperación, porque la niña ha muerto, y él aconseja cuidar la pequeña llama que está encendida en su corazón: la fe. «No temas, solo ten fe». «¡No tengas miedo, continúa solo teniendo en-

cendida esa llama!». Y después, al llegar a casa, despertará a la niña de la muerte y la devolverá viva a sus seres queridos.

Jesús nos pone en esta «cresta» de la fe. A Marta que llora por la desaparición del hermano Lázaro opone la luz de un dogma: «Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?» (Juan 11, 25-26). Es lo que Jesús repite a cada uno de nosotros, cada vez que la muerte viene a romper el tejido de la vida y de los

afectos. Toda nuestra existencia se juega aquí, entre el lado de la fe y el precipicio del miedo. Dice Jesús: «Yo no soy la muerte, yo soy la resurrección y la vida, ¿tú crees esto? ¿tú crees esto?». Nosotros, que estamos aquí hoy en la plaza, ¿creemos esto?

Somos todos pequeños e indefensos delante del misterio de la muerte. Pero, ¡qué gracia si en ese momento custodiamos en el corazón la llama de la fe! Jesús nos tomará de la mano, como tomó a la hija de Jairo, y repetirá una vez más: «*Talít kum*», «muchacha, levántate» (Marcos 5, 41). Lo dirá a nosotros, a cada uno de nosotros: «¡Levántate, resucita!». Yo os invito, ahora, a cerrar los ojos y a pensar en ese momento: de nuestra muerte. Cada uno de nosotros que piense en la propia muerte, y se imagine ese momento que tendrá lugar, cuando Jesús nos tomará de la mano y nos dirá: «Ven, ven conmigo, levántate». Allí terminará la esperanza y será la realidad, la realidad de la vida. Pensad bien: Jesús mismo vendrá donde cada uno de nosotros y nos tomará de la mano, con su ternura, su mansedumbre, su amor. Y cada uno repita en su corazón la palabra de Jesús: «¡Levántate, ven. Levántate, ven. Levántate, resucita!».

Esta es nuestra esperanza delante de la muerte. Para quien cree, es una puerta que se abre de par en par; para quien duda es un rayo de luz que se filtra por una puerta que no se ha cerrado del todo.

Pero para todos nosotros será una gracia, cuando esta luz, del encuentro con Jesús, nos iluminará.

Dolor del Pontífice por la masacre de Mogadiscio

Paz para la martirizada Somalia

El Pontífice expresó al término de la audiencia general «dolor» y «deploración» por el atentado terrorista perpetrado hace unos días en la capital somalí de Mogadiscio. Saludando a los grupos presentes, el Papa lanzó un llamamiento por «aquella tierra martirizada», animando «a cuantos, con enorme dificultad, trabajan por la paz».

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española, en particular a los provenientes de España y Latinoamérica. El Señor Jesús, única esperanza de la humanidad, nos conceda la gracia de mantener encendida la llama de la fe, y en el momento de nuestra muerte nos tome de la mano y nos diga: «¡Levántate!». Que Santa María, Madre de Dios, interceda por todos nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.

Deseo expresar mi dolor por la masacre que tuvo lugar hace algunos días en Mogadiscio, Somalia, que causó más de trescientos muertos, entre los cuales algunos niños. Este acto terrorista merece la más firme deploración, también porque acecha sobre una población ya muy probada. Rezo por los difuntos y por los heridos, por sus familiares y por todo el pueblo de Somalia.

Imploro por la conversión de los violentos y animo a cuantos, con enorme dificultad, trabajan por la paz en esa tierra martirizada.